

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Castellar de Santiaño.—Juan Manuel Cano. Le remito una peseta de José Santonja y 5 más, sin remuneración.

Arrecife.—Manuel Fernández. Envía 3 pesetas.

Sevilla.—Francisco Cerrejón. Envía 2 pesetas.

Valdepeñas (Jaén).—Gregorio Milla. Envía 2 pesetas.

Busdongo.—Manuel Rodríguez. Cuenta usted con 5 pesetas.

Alcázar de San Juan.—Gustavo Gómez. Entrega una peseta.

Almadén.—José Matías Belmar. Entrega 5 pesetas.

Villanueva de la Serena.—Cipriano Manchado. Como consecuente republicano debo contribuir a todo lo que se encamine al prestigio de mi partido: 2 pesetas.

En toda la semana próxima, o a principios de la siguiente, se enviarán los sellos a los amigos que han contribuido a costear la primera emisión, y después se pondrán a la venta.

Patria, Ejército y libertad

«No... no se cansen los que con aviesas intenciones pretenden barrer para adentro, llevando entre los dientes un ramo de olivas que sueltan cuando les viene en ganar para morir; no... no pierdan el tiempo los que, pregonando la paz, fomentan la guerra. Entre el pueblo y el Ejército no puede haber odios, porque el Ejército es el pueblo; que los hijos de éste son lo que visten el honroso uniforme militar, los que empuñan el fusil para defender la Patria, los que vierten su sangre para glorificar nuestra historia, los que mueren con un viva en sus labios para el país querido que defienden.

Aquí, ni el gobierno ha pretendido divorciar a la institución armada del elemento civil, ni éste aborrece a los militares como por ahí se dice. No hay nada de esto. El Ejército y el pueblo parece que no tienen los mismos ideales, ni ostentan el mismo lema, ni demuestran idénticas aspiraciones, pero los esfuerzos que realizan para separarlos determinadas individualidades que practican el conocido adagio que dice: «A río revuelto... etcétera.» Esta la realidad que los hechos han demostrado recientemente de un modo indiscutible categorico y terminante.

¿Quién ocasionó el choque de Játiva? Los disparates poéticos de un infeliz que ni siquiera comprendió las brutales enormidades que escribía. ¿Qué fue lo que ocasionó el choque? La política. La opinión imparcial, el elemento civil sensato no tomó parte en las diferencias iniciadas; y como corolario de lo que decimos hemos de citar otro caso: Al publicarse la ley marcial en Valencia las tropas fueron aclamadas con entusiasmo, vitoreadas con cariño, acogidas como siempre debe acogerse a los defensores de la Patria; con afectuosísimo respeto. ¿Qué indica esta circunstancia que señalamos? ¿Qué esa hermosa realidad a que nos referimos? Pues sencillamente que el Ejército y el pueblo quieren marchar unidos, porque saben que de este modo triunfarán; pero que separados cooperarán inconscientemente a la pérdida de la Patria.

Frente a estos síntomas tan hermosos de unión y concordia, surgen los enemigos encubiertos de la concordia y de la unión, unas veces asegurando que el gobierno es el que fomenta los odios entre militares y paisanos, otras insinuando que los paisanos son las víctimas propiciatorias del poder de que hacen alarde los militares; las más diciendo con poco piadosa habilidad que el Ejército es el único culpable de la catástrofe nacional que todavía lloramos lo que sentimos la Patria en el alma y la vergüenza en el rostro... Estas... estas personalidades que así proceden son las que separan al elemento militar del elemento civil, no el gobierno, como indica hoy un periódico de la mañana con las intenciones que pueden suponerse, pero con una falta de lógica que inutiliza la fuerza de la argumentación.

También el Ejército está divorciado de los comerciantes de mala fe, y éstos del Ejército, porque las bayonetas significan una formidable muro de contención para sus ambiciones; pero los mercaderes no representan a la opinión.

Burgueses enriquecidos con el sudor del pobre y con los despilfarros del poderoso, no tienen más representación que la de su bolsa, ni más aspiraciones que las de sus egotismos personales. Esos perturbadores no son la opinión del país ni mucho menos. Conviénzanse el Ejército y el pueblo de los trabajos de zapa que se realizan para separarlos, y desdiciendo el fin de esas intenciones aviesas, únanse para siempre con un abrazo fraternal, ostentando este hermoso lema, como base esencialísima de todos sus actos: ¡Patria y libertad!

Lo anteriormente copiado es de *La Correspondencia Militar*. Como respondo a lo que yo pienso, llamo sobre el artículo la atención de mis lectores.

Hay que dejarnos ya de emitir juicios que, si tuvieron disculpa en la impresión dolorosa que produjo en nuestro ánimo la pérdida de las Colonias, no la tendrían hoy que estamos perfectamente enterados de que nuestro ejército no se batió, porque le ordenaron que no se batiera.

Se está trabajando en la sombra para

que el pueblo eche con cualquier pretexto la culpa de lo ocurrido sobre el ejército, culpa que en nada le alcanza, a fin de dividirlos. No caigamos en el lazo que astutamente nos tienden los que ven su muerte en la unión del Ejército y el Pueblo.

El primero ha cometido faltas; esto es indudable; una de ellas gravísima: la de no exigir a su regreso de Cuba cuentas estrechas a los que buscaron en su aparente deshonra tapadera para sus crímenes políticos.

¿Pero es que el pueblo no ha cometido faltas también, entre ellas una imperdonable, la de no haber tenido, mientras se procuraba deshonrar al Ejército en Cuba, un arranque viril que indudablemente hubiera salvado a los dos, y con ellos a la Patria?

Cesen, pues, las desconfianzas y los recelos; únanse cada día más los que nunca debieron estar separados, y no olvide ninguno estas palabras del brillante escritor militar, Villamartin:

«*Reparad la caída de todos los grandes imperios, y veréis que el primer síntoma de ella ha sido la desorganización moral de las tropas, el rompimiento del lazo que debe unir al ejército y al país, el desprecio y el odio del ciudadano al soldado.*»

JOSÉ NAKENS

En el cementerio de Valverde de Leganés existía un nicho propiedad de un vecino que falleció hace años.

Ocupado sin duda el cadáver en negocios que distraen toda su atención, ha descuidado el pagar los derechos de su entierro.

¿Y qué ha hecho ahora el cura? Desahuciar su esqueleto del nicho, para que así escarmenten los cadáveres morosos, haciendo lo propio con el de su esposa, que ocupaba otro nicho.

Me alegro, ya que hay difuntos tan gangueiros que quieren ir al camposanto llevando detrás al pobre cura soltándole berriedos que les abran las puertas del cielo, y luego no se acuerdan de pagarles aquella obra de misericordia.

El abad, de lo que canta yanta.

LA LOSA DE PLOMO

Hablar de ilustración, de bienestar, de libertad, de nada que en España suponga progreso en cualquier orden de cosas ó ideas, mientras en ella subsistan los elementos clericales y jesuiticos que tanta influencia ejercen en todos los organismos de la vida nacional, es hablar de lo imposible.

Los esfuerzos de unos pocos hombres de buena voluntad que trabajan impulsados por su deseo de ver a España colocada al nivel de los países cultos y adelantados, se estrellan ante la valla que les opone la glacial indiferencia que tiene muerto el espíritu público, y resultan impotentes ante el formidable núcleo formado por los elementos reaccionarios que disponen de la fuerza coercitiva para ahogar los clamores de los que se hacen intérpretes de los anhelos del país.

La situación de éste en los actuales momentos, no puede ser más desdichada y desastrosa.

El régimen social que durante tanto tiempo venimos sufriendo como un mal crónico, ejerce por medio de sus organismos una presión brutal sobre todas las clases que no tienen a él forzosamente ligada su existencia; impónese contra la voluntad del país, apoyándose en la reacción y el jesuitismo que ha favorecido y llenado de privilegios y preeminencias, para contener con la gratitud de los estómagos agradecidos y la mancomunidad de los intereses, la resistencia y la protesta de las demás clases de la nación.

No conceptuando suficientes para imponerse y sostenerse la fuerza del poder coercitivo y la influencia perniciosa del clericalismo, ha dejado que vengan las órdenes monásticas a perturbar las conciencias y a esparcir por todas partes el fanatismo y la ignorancia en mayor grado de lo que ya estaban extendidos por España.

Por último, y este es quizá el mayor de los males que debemos al régimen, consistió que los jesuitas á bandadas entrasen en España, y convertidos en legión se extendían por todas partes y acaparan todas las empresas industriales y financieras de alguna importancia para que, teniendo en sus manos, además de la influencia con las clases ricas y acomodadas, el látigo del capital, sometan al obrero, al trabajador y al proletario que no hallan medios de subsistencia si no es bajo la férula del jesuitismo actual, que se ha convertido en explotador de todo lo que puede producir dinero, desde las más importantes operaciones bancarias y especulaciones industriales y comerciales, hasta los espectáculos públicos, corridas de toros y compra-venta de muebles usados y trapos viejos.

En Madrid las pequeñas industrias que proporcionaban medios de subsistencia á infinidad de familias pobres, han sido acaparadas por la aprovechada Compañía, y bien puede decirse que aquí nadie saca una peseta de su bolsillo, para pagar algo, que no vaya a parar á manos de los jesuitas.

Contra la fuerza y la opresión que todo eso representa es impotente el esfuerzo

aislado, es imposible la lucha personal que algunos hombres han emprendido.

Para salir de esta situación anómala, vergonzosa, insufrible, en que España ha caído convirtiéndose en feudo del jesuitismo, proscripto ya de todos los países cultos de Europa, es indispensable que todos los que deseen el bienestar, la honra y la regeneración de la patria, aunen su esfuerzo; que por un momento, y ante el interés supremo de la salvación de España, que a todos es común, los diversos elementos políticos y sociales contrarios á tal estado, prescindan de su interés particular, de sus ideas peculiares, de sus antagonismos mezquinos, y adopten el único procedimiento que puede acabar con todo lo que aquí estorba y se opone al desenvolvimiento de la vida nacional.

Todo lo ineficaz que resulta la lucha aislada, que no da otro resultado que la caída de los combatientes uno detrás de otro, como viene sucediendo desde la restauración, sería de decisivo el esfuerzo común, pues todo el poder de que disponen el jesuitismo y sus favorecedores sería nulo ante la voluntad de la nación enérgicamente manifestada, como la han manifestado, y la manifestar siempre los pueblos que saben conservar su dignidad y no se envilecen hasta el extremo de besar la mano que los fustiga ni de doblar la frente ante quien los explota y escarnece.

En el peligro y en las desgracias es donde se prueba la fortaleza del ánimo. Es llegada la hora de que España pruebe una vez más el temple del suyo.

O saca fuerzas de flaqueza para realizar un acto digno de sí misma y de su historia, ó se resigna a perecer, víctima de su propia indolencia, como un pueblo decadente, de raza degenerada, bajo el peso de la odiosa teocracia que pretende aplastarlo para siempre.

Actualmente el dilema es este: O España acaba con el jesuitismo y la reacción, ó éstos acaban con ella.

JOSÉ CINTORA

Ya no se construirá el monumento religioso proyectado en el morro del Este del puerto de Málaga, porque el ramo de guerra va a colocar una batería allí. Coincidió con los militares que han mediado en el asunto, en lo de que todos los milagros que puede hacer una imagen de la virgen para detener una escuadra que ataca un puerto, no tienen la eficacia de unos cuantos cañones bien apuntados.

Sin que por esto vaya a suponerse que yo admito ni la posibilidad de que puedan verificarse tales milagros.

La impiedad ante todo.

LA UNIÓN REPUBLICANA

Los progresistas y la Fusión Republicana acaban de reunirse en asambleas nacionales para acordarla.

En el fondo la opinión general ha sido partidaria de la alianza republicana, pero la frialdad con que muchos dignísimos representantes han acatado los acuerdos, presagia triste y lánguida vida a la Unión.

Esto corrobora bien a las claras nuestra opinión de siempre: La Unión sólo puede hacerla el pueblo republicano, sin programas ni jefaturas.

Todo lo que se haga en otro sentido, todo lo que sea elevar a uno sobre los demás, no ocasionará en el seno del partido más que excisiones y cismas.

Depongamos nuestras afirmaciones particulares de fracción los republicanos, para converger en el punto capital de nuestra doctrina, y la Unión está hecha.

Honremos a los hombres ilustres del partido, pero no los delirémoslos, ni los hagamos indiscentes, ni infalibles, ni todopoderosos, y la unión está hecha también.

Entretenemos en bizantinas discordias, en disputas de comadres, ahora que la pólvora ha empezado a quemarse, es sólo apuntalar el ruinoso trono que oscila y se tambalea en virtud de los mil huracanes que lo azotan.

Ya llegará la hora de deslindar los campos, y de defender principios contra principios, teorías económicas, sociales, políticas, pedagógicas, militares y eclesiásticas, en frente de otras que se presenten por nuestros mismos hermanos; pero por ahora no hagamos otra cosa que contarnos y aprestarnos a la próxima batalla.

De lo contrario, no conseguiremos más que ponernos en evidencia ante el pueblo y significarnos como los inútiles de la patria.

¡Fuera convencionalismos rancios, y a la Unión verdad!

Busquemos por la Unión el triunfo, y como consecuencia de éste la tranquilidad de España, tan digna, tan generosa, y, sin embargo, tan desgraciada.

(La Democracia, Bilbao.)

TIROTEO

Si ustedes creen que el Ejército tiene tiene algún interés particular en romper la cabeza al paisanaje, ó que el paisanaje detesta al Ejército donde están sus hijos

ó sus hermanos, no hablemos más de ello; todas estas cosas, que ya son muchas, y que van ahondando un abismo entre militares y paisanos, incapacitando a los primeros como fuerza política y llevándolos a elegir entre la anulación ó la dictadura, serán otros tantos hechos aislados, fortuitos, sin causa común, sin objeto, sin otro enlace que el decidido empeño de unos ú otros en reventar a los de enfrente.

Como yo no creo que paisanos ni militares piensen ganar nada con que rabie el perro, por fuerza he de creer que, entre el uniforme y la americana, se ha matado un chismoso interesado en destrozarnos, para quedarse solo.

Algunos no ponen a esta sospecha otro reparo que la imposibilidad de engañar a colectividades tan avisadas. No reflexionan que basta no dar la cara para tener la situación más ventajosa en el combate.

Y no advierten que la astucia es el alborar de la inteligencia en los cerebros vírgenes, y que la astucia triunfa de la inteligencia en determinadas condiciones.

La zorra se burla del campesino; el campesino se burla del abogado; el niño ata una cuerda al través de una senda, y el profesor de física se enreda, cae y se rompe las narices. Esos cerebros están todavía en el periodo de la astucia; pero por lo mismo pueden estrellar a la inteligencia que camina absorta en trabajos de alta mentalidad y confiada en el respeto a que es acreedora.

Tal veo yo la situación del Ejército; solapadamente combatido por quien parece su mejor amigo; el que no habiendo podido vencerle con las armas á campo raso, le da hoy la batalla en el terreno de la astucia.

Para mayor disimulo, aquí se vale de un exsargento, allí de un jefe, acullá de amigos del café, detrás de los cuales se oculta siempre el único poder rival, lo único que está tan organizado como el Ejército (no se me haga reír diciendo que «los políticos»); ¿qué fuerza tendrían éstos sin el Ejército? y que tiene ambición de mando y sed de riquezas como nadie.

MAMERTO

Insisto en copiar lo que dice *La Correspondencia Militar* sobre este punto, de capital importancia en estos instantes.

Aquí se trabaja activamente por traer a don Carlos, contentándose, si esto no fuera posible, con implantar su régimen sin él.

Y como ni una ni otra cosa será posible mientras el pueblo y el ejército estén unidos, la labor constante del clericalismo se encamina á divorciarlos.

Hay que partir siempre de esta base, para no caer en error.

Entre la americana y el uniforme, se han interpuesto la sotana y el sayal.

A MUCHOS

Pierden miserablemente el tiempo los que, llamándose democratas, tratan de llevar la influencia de sus ideas a la vida pública, en la que se ejerce mayor influjo, más poderosa presión por la virtualidad del ejemplo, que por la bondad de la doctrina.

El vulgo, y vulgo es la casi generalidad de las gentes, más se paga de la apariencia, de lo tangible, de lo visible, del efecto, que de lo impalpable, lo espiritual, que se decía antes: la idea, el concepto ético.

Que trate de convencer a un auditorio heterogéneo de las excelencias del librepensamiento aquel que tiene en su hogar una esposa y una familia fanática, causa verdaderamente risa á unos, y produce en otros asco.

Es el caso de aquel inglés, miembro de la sociedad de temperancia, apóstol del agua, que se presentaba en público rodeado de una familia en perenne estado de embriaguez.

Tú, orador y propagandista, que en tu propio hogar has fracasado, que no has sabido emancipar intelectual y moralmente a tu mujer y a tus hijas del yugo de la Iglesia de que abominas, ¿con qué derecho te presentas como campeón de ideas progresivas ante el público?

¿Qué fe quieres que se preste a tus doctrinas, ni hasta qué crédito á tus palabras?

Diez, quince, veinte, treinta, hasta cuarenta años de posesión material de tu esposa, no te han dado ni un solo momento en que pudieras proclamar la comunidad de sus ideas y sentimientos con los tuyos.

Mientras tú, vamos al decir, haciendo gala de despreocupación, ibas á un banquete de promiscuación en jueves ó viernes santo, ella, tu esposa, tu compañera, la madre de tus hijos, la continuadora de tu especie, al frente de la progenie tuya se prosternaba en el templo ante una imagen de madera, veneraba al sacerdote más que a ti y acostumbra a sus hijos á querer más al padre espiritual, que a ti, Juan Lanas del hogar doméstico, el que con tus sudores llevas el pan que tu familia comparte con los ociosos de hábito talar que se rien al comerse el pan que para ellos sudan otros.

Has poseído, en tu matrimonio, dispénsame que te lo diga, *Juan... Español*, un cuerpo. No has sabido trabar amistad con un alma, con una inteligencia, con un corazón.

Has poseído a tu mujer sólo a medias. Entra ella y tú ha habido la cópula de dos naturalezas, cópula impuesta por un precepto, el del débito conyugal que arranca de la Epístola de San Pablo que lee á los contrayentes con voz gangosa un sacerdote que hace gala de no tener mujer, y se remata por el qué dirán, ese bú de las gentes apáticas.

En tu matrimonio, *Juan... Neutro*, no ha existido nunca la conjunción espontánea y hermosa de dos voluntades convergiendo a la consecución de un mismo deseo: la reproducción de un semejante vuestro.

El licor de la vida, al derramarse en el vaso femenino, se ha desviado: tú lo querías sólo para el Progreso fecundante, y ha ido gran parte de él a caer en la arteria del retroceso que mata, que esteriliza.

Tú, hombre del mañana, has dado sólo vida a seres del ayer. ¡Cuánto estos seres te ligarán luego en tu existencia progresiva! ¡Considera que son carne de tu carne, son tu mismo espíritu deformado por tu mujer, ahorrados con la cadena de mentirosos dogmas, esclavizados al pie de falsos altares, hechos siervos de mentidos ídolos!

No has sabido conquistar para el progreso y la civilización a tu esposa; le has abandonado, tú que no has sabido ser hombre del hogar, la educación del espíritu de tus hijos, y nada de extraño tiene que te encuentres con la guerra civil en casa.

El sacerdote de una religión de odio se interpone entre ti y tu esposa. Intentas tú llevar tus hijos a la luz, y ella los lleva a las tinieblas. Has hecho madre a tu mujer, pero no has sabido hacerla educadora.

Tú mismo no has sabido ser maestro. Has creído que tu campo de operaciones estaba entre la multitud; te has hecho orador, propagandista, y por el club has abandonado el hogar doméstico, la cédula primaria de la sociedad que ha empollado el jesuita con el calor del fanatismo.

No te extrañe que tu propia mujer, tus mismos hijos, sean mañana tus contradictores, tus enemigos encarnizados.

Lo son ya hoy. Mientras en el casino político expresas tu espíritu hablando de los ideales progresivos, tu familia, cuya inteligencia y cuyo corazón no supistes cultivar, ni educar, lleva flores para el altar de los santos, cirios para el templo y dinero para el cura que con tus propias armas te combate.

De aquí que todo esté por hacer; de aquí que la obra de la propaganda democrática esté edificada sobre movediza arena.

O rectificas la conducta, ó te verás ahogado por la reacción en tu propia casa.

El jesuita, ¡por la propia mano de tu mujer ó de tu hijo, es capaz de envenenarte con una jicara de chocolate.

CEELE

El domingo último, al salir de la iglesia de Alcover los niños que van todos los días festivos por las tardes á escuchar la palabra de Dios, uno de ellos, de doce años de edad, asestó una terrible puñalada en el vientre á otro de once.

¡Oh qué bien dicen los que dicen que la religión es un freno poderoso!

Sin él, ese religioso niño le habría dado al otro más puñaladas.

¡Viva, pues, la religión de nuestros mayores!

Cómplices del jesuitismo

(MEDIOS AUXILIARES POLICIACOS)

Entre estos medios figuran los adscritos a la sección de espías de los jesuitas, á sabiendas ó sin saberlo. Es indecible el prurito que sienten por averiguar novedades y descubrir misterios, los amigos de los ignominiosos. Son los mejores y más hábiles chismosos de cada barrio y de cada localidad.

No hay rifa en el vecindario, ni cuestión en la oficina, ni cosa grande ni chica que no vaya a contárselo al *Padre amigo*, ó al director espiritual: las beatas en el confesionario, los beatos en las celdas, y ambos en el recibidor cuando no son personas de confianza.

En el Palacio episcopal tienen confidentes de buen precio. Ellos son los que llevan al Colegio de los jesuitas, quién entra y sale de Secretaría, qué asunto lleva, de qué se habla y trata. En el centro carlista de Barcelona, por ejemplo, tienen al señor Puiggrós, administrador de la *Hormiga de Oro*, hermano del P. Puiggrós, jefe de policía jesuita en la ciudad; entre los nocaedistas tienen particularmente á Rebordosa, farmacéutico de la calle del Oarmen; con los conservadores y polaviejistas, tienen á los señores Pons y Canals. El anterior cónsul de Francia fué destituido por el gobierno de su nación, á causa de su amistad con los jesuitas. De sus relaciones con el ejército hablaremos en otra ocasión, pues merece capítulo aparte. Basta decir que el ejército es uno de los blancos predilectos del jesuitismo en España. La calidad de militar que ofrece San Ignacio y el nombre de Compañía de Jesús, añadido al lenguaje marcial de banderas, capitanes, guerras y conquistas con que hablan á los militares, son alicientes que explotan á maravilla.

Preguntamos ahora a los barceloneses ya que los hemos nombrado: ¿queréis mejor servicio policiaco? Sabedlo: el P. Puiggrós, encargado de esta sección, sabe más, muchísimo más que los más hábiles jefes de policía, pública y secreta. Debe saberse además, que también los jesuitas saben poner espías a una persona, sabe buscar sujetos que se presten a hacer visitas a domicilio con motivos disimulados. El periódico *El Urbión* podrá dar razón y presentar pruebas.

Esperamos que los padres Fiter y Maresma nos desmientan desde algún púlpito, ya que no se atreven a hacerlo desde la prensa, para librar a la Compañía de estas bochornosas acusaciones. Rectifiquen nuestros errores; y cuando no sepan que contamos, erróneamente, por la chimenea diciendo que la Compañía no se baja hasta este punto de desmentir a la prensa. Y, con todo, un jesuita muy conspicuo ha dicho que los ataques de *El Urbión* son los mayores y más terribles que ha sufrido la Compañía desde su existencia. Desengañáse los buenos Padres: ó se corrigen, ó daremos cuenta de ese misterio de iniquidad. Es la primera vez que los jesuitas han enmendado ante un contrincante. Dejen correr algún tiempo más, y verán cómo nosotros dejamos desiertos sus confesiones y desalojamos sus colegios. Su rabiosa conjura es inútil. Lucifer tiene un enemigo formidable, la cruz; las tinieblas tienen otro enemigo insuperable: la luz. El agua tibia ha perdido su eficacia; el alevoso puñal de Chatel está enmohecido.

Los señores Morgades, Casañas, Campins y Roca, no sirven para estos ataques. Los conocemos demasiado, para no saber por dónde van y por dónde se les escamianta. Los *chanteurs* barceloneses no saben de la misa la misa.

No queda duda: llegó el tiempo de cumplir la profecía de aquel hermano *Infino*: la palabra *Esterminio* aparece cada vez más clara en la frente del jesuitismo. Cristo vencerá al anticristo fariseico que nos predica un Cristo para hacernos adorar un anticristo. La maldad está descubierta en nuestro documento.

Nota Bene.—Uno de los instrumentos de que se han valido contra dicha revista ha sido un religioso, confesor de doña Amalia Mayo, esposa del Necedal. Esto se demostrará cuando hablemos del jesuitismo en Madrid. Nuestro espionaje y contra espionaje está mejor montado que el de los jesuitas.

Jesuitismo y separatismo

Por lo que ya dicho, se puede conocer que ha sido falsado el A. M. D. G. que los fanáticos de la Compañía traducen *ad majorem Dei gloriam*, lema de San Ignacio, por otro lema: *A mi dame ganancia*. También puede verse que el jesuitismo trata de influir en la política, valiéndose del confesionario, según confesión del propio Oretineau-Joly. ¿Cómo es que los periodistas y los políticos no han tratado de estudiar la participación que en los sucesos de Barcelona pueda tener la Compañía, siendo precisamente esta ciudad una de las más dominadas por el jesuitismo?

Primeramente ha de saberse que los jesuitas tienen en su colegio-residencia de la calle de Caspe, una llamada *Academia catalanista*, compuesta de un presidente (don Evelio María Doria Bonaplata), un vicepresidente (doctor Gabriel Nogué y García), un secretario (Juan Poblet Teixidó), un vicesecretario (Juan María Guasch y Miró), y de los socios que voluntariamente se inscriban, según decreto de la junta de gobierno de 23 de Febrero de 1898. Treinta y nueve discursantes hubo en dicho año, entre los cuales figura el Padre Luis Fiter, jesuita, y doctor Torras y Bages, hoy obispo de Vich. Del espíritu de esta academia, puede juzgarse por una carta que al director de la congregación escribió desde Londres un tal J. B. O. propuesta a los congregados como modelo, en la cual, después de hacer constar que los ingleses creen que los españoles somos negros, dice: «¿Qué importa que nos hayan robado las Colonias? Colonizemos nuestra propia patria... Y ¿quién mejor para hacerlo que los congregados?»

Si así hablan los congregados, ¿cómo hablarán los catalanistas?

Entre los elementos de la academia jesuitica, figuran jóvenes como don Juan Poblet Teixidó, que hace la práctica de abogado con el señor Permayner; y don José María Coll y Rodés, que la hace con el señor Durán y Bas. Seguramente en la escuela de sus jefes están formando sus opiniones regionalistas. Aunque el Padre Fiter predica la máxima «regionalismo sí, separatismo no», los jesuitas conocen bien los medios de decir una cosa con las palabras y otra con la sonrisa; por ejemplo. En su academia disertaron Torras y Bages, fundador de la «*Nació Catalana*» cuyo título sólo encierra un programa alarmante; allí disertó don Emilio Vallés y Vidal, redactor del citado periódico y de ideas regionalistas pronunciadas; allí habló don Alfonso Sans Rossell, de opiniones también radicales. Por estos datos es fácil calcular el aire que debe respirarse en la academia jesuitica, que no puede ser otro que el de Permayner, Durán y Bas, y de la «*Nació Catalana*».

Mucho ha debido llamar la atención el hecho de que sean la causa principal de los últimos indefinibles trastornos los elementos de Morgades, Colléll y Narciso Verdagué Callis, cabalmente la trinidad que sirvió a los jesuitas para sacar de la

casa Comillas a mosén Jacinto Verdagué, y dejar franco el paso al Padre Goberna y al Padre Vinuesa. Morgades hoy está a partir un piñón con los jesuitas: los nombres de Morgades y de los testafieros ignacianos aparecen en alguno que otro de los testamentos arreglados por los buenos Padres, lo cual demuestra una amistad extraordinaria. Colléll, que años atrás era apasionado de los escolapios y enemigo de los iñigos, ahora canta las glorias de la Compañía desde el *Diario de Barcelona*. Narciso Verdagué, que todavía debe conservar en su poder objetos de singular mérito y aprecio de su primo y protector Mosén Jacinto, a quien debe cuanto es y cuanto posee, adherido a Comillas, Colléll y Morgades, y por lo mismo a los jesuitas, sabido es que ha sido uno de los elementos más bulliciosos en estos últimos tiempos de fermentación catalanista.

No debe olvidarse que en las revueltas del año pasado, uno de los estudiantes heridos en la Universidad, resultó ser un congregante mariano.

Difícil sería encontrar *infraganti* a un jesuita arengando a las masas; y menos fácil ha de ser cuando, por declaración espontánea del hermano Facs, publicada en el folleto que dedicó al señor obispo de Salamanca, nos consta que los jesuitas de Loyola sabían hacer disfrazar con blusa, gorra y alpargatas a sus novicios, mandándoles ir entre las turbas populares a dar gritos de «*muera los jesuitas!*», para que su causa apareciese perseguida por los enemigos del orden público. La táctica jesuitica es tratar de despistar la opinión y distraer al público. De esa táctica se ha lamentado el pueblo catalán al ver a los Morgades, Abadal y Durán y Bas, agasajando públicamente al ministro de la Gobernación en Barcelona, mientras la *Veu de Catalunya*, periódico de Cámara protegido por tales señores, estaba soliviantando al pueblo contra el ministro; táctica jesuita pura, que no puede engañar sino a los imbéciles.

A todo esto hay que agregar que el jesuita Padre Sanz envió a la estación de Madrid gran número de congregantes a recibir al ministro *silbado* en Barcelona. ¿A qué viene la manifestación jesuitica madrileña, sino a despistar la opinión?

Los sucesos de Barcelona tienen una causa misteriosa. Los corresponsales de la prensa extranjera han hecho observar que el pueblo barcelonés es ageno a este movimiento. A dar la cara no sale personaje alguno de arraigo en la ciudad; no se ve mas que el instrumento en una masa anónima que se mueve a una consigna determinada. Que hay una cabeza que dirige, se ve en la uniformidad de los movimientos de esos grupos. Que esa cabeza es bastante astuta para esconderse del público y bastante inepta para no saber imprimir a la agitación un carácter general, también es manifiesto.

En el fondo de todo lo sucedido no se ve la idea regionalista, ni el catalanismo que reina en muchos espíritus, ni siquiera el separatismo radical organizado que sabría dar más seriedad a sus manifestaciones: es simplemente un caso de *cuquería* que se vale de gentes pagadas para alborotar a jóvenes exaltados que se asocian a lo que ellos creen protesta contra el centralismo. En el fondo se ven brillar los siniestros ojos del jesuitismo, que ahora más que nunca necesita que la opinión se distraiga y no pare mientes en sus planes ocultos y secretos.

¿Tendrá ello algo que ver con un banquete de ocho duros cubierto, celebrado estos días en Madrid por el obispo, al objeto de solemnizar el triunfo de una determinada solución política?

EL URBION

El viernes se celebró una función cómica lírica en el Colegio de la Enseñanza de Jerez, dirigido por RR. Madres, de las que son Padres espirituales los de la Compañía de Jesús. Se representaron tres juegos cómicos, se cantaron guajiras y se recitaron fábulas.

¿Cuántas infelices mujeres honradas y cuántos pobres niños se quedarán sin comer aquel día en que las gentes clericales se solazaban de aquella manera!

Estos polvos traerán lodos amasados con sangre y lágrimas.

El maestro y el cura

Hace un año había en Cuba 200 escuelas de primera enseñanza; ahora hay más de 2.000, a las que asisten 100.000 alumnos, y se asegura que antes del primero de Junio el número pasará de 150.000.

Se han dado las órdenes oportunas a fin de que 1.000 maestras y maestros cubanos sean admitidos, gratuitamente, para estudiar durante seis semanas en la escuela de verano de la Universidad de Harvard, pasando luego otras seis semanas visitando las principales ciudades americanas con el objeto especial de estudiar sus sistemas de instrucción.

Cada vez comprendo menos por qué nos arrojaron de Cuba unas gentes que tanto se preocupan de esa tontería de la enseñanza, a nosotros, que nos ocupamos fervorosamente en estudiar la primera de las ciencias: la religión.

Pero a bien que nos resta un inefable consuelo: el de que ellos irán derechos al infierno después de haber gozado y dominado en la tierra, y nosotros, después de haber vivido aquí hambrientos y humillados, en-

traremos en el cielo como Pedro por su casa.

Y entonces será para ellos el crujir de dientes, y para nosotros el gozar y el reír. Y por toda una eternidad, que ya son días. Goces y risas que, ó yo me equivoco mucho, ó todos los creyentes renunciarán hoy mismo a ellas por 50 céntimos. Yo, por bastante menos.

Mas advierto que me he separado de la cuestión, y vuelvo a ella, para acabar diciendo:

«El pueblo de los curas debió ser vencido por el pueblo de los maestros.»

La plaga clerical

A muchos parecerá exagerada la pintura que batalladores periódicos y escritores hacen de la invasión clerical en nuestra desgraciada patria. A mí no; el espectáculo que se observa en Jerez, dominado completamente por curas, jesuitas y frailes de distintas procedencias, hace que nunca me parezcan recargadas las tintas en los cuadros en que se pinta el pernicioso influjo de la influencia clerical, y sobre todo de la influencia jesuitica y fraileña. Cuando frailes y jesuitas se atreven descaradamente a insultar a todo bicho viviente, a salir un poco de la sombra para realizar sus ardientes anhelos de dominación, es que encuentran el terreno abonado, ó que se consideran dueños absolutos de las conciencias para imponer su soberana voluntad.

Y esto sucede en Jerez. Ya los frailes no vacilan en convertir el púlpito en tribuna reaccionaria, aun a presencia de las autoridades, como hace poco sucedió en la Colegiata; ya los jesuitas se atreven a hacer figurar sus nombres en asociaciones creadas únicamente para aniquilar a otras asociaciones obreras que dentro de la ley y con la corrección, sensatez y cordura propias de obreros ilustrados, trabajan por conseguir el mejoramiento del infeliz proletario. Y estos son síntomas de que estamos dominados por la gente negra.

Y lo peor del caso es que no existen aquí hombres decididos, libres de preocupaciones y dispuestos a luchar valientemente contra la terrible invasión. Republicanos se puede decir que no existen. La mayoría de los que aún se llaman tales, están muy tranquilos encerrados en sus casas esperando los acontecimientos, y sólo media docena son los que se atreven a alzar su voz contra el vergonzoso estado de nuestro pueblo.

Las asociaciones obreras que con tanto entusiasmo se formaron, y que hacía creer que aún existían muchos que no ponían su dignidad a los pies del jesuita, perecen paulatinamente a causa de un trabajo de zapa, hábilmente preparado por los enemigos de dichas asociaciones. Y, ahogándonos en el méficio aire sacristanesco, no tenemos ni aun la esperanza de que quienes pueden y deben hacerlo nos traigan pronto tiempos mejores.

Jerez de la Frontera.

A. RIVAS

¿Todo para ellos!

Los jesuitas han emprendido en Francia una activa campaña contra la costumbre de dedicar coronas a los muertos.

Veniase desde hace algún tiempo predicando en muchas iglesias contra esa costumbre, sin alcanzar gran resultado, y en su vista un jefe de los jesuitas ha lanzado una circular de la que se han distribuido cientos de miles de ejemplares por toda Francia.

Para nuestros difuntos, ni flores ni coronas, se titula el documento, en el que se anatematiza «esa costumbre pagana», recordando que, para abreviar la duración de las penas que pueden sufrir los muertos, existen la oración, la limosna, y, sobre todo... las misas.

«Esto es lo mejor; con ello serviremos eficazmente a las ánimas del Purgatorio, y contribuiremos a establecer las prácticas cristianas, únicas que pueden curar los males de la sociedad presente.»

Esta circular ha levantado gran polvareda, por pasar de 700.000 el número de personas que viven en Francia de la fabricación y comercio de coronas y flores para difuntos, habiendo ya algunas fábricas recibido cartas de sus correspondientes, diciéndoles que suspendan los pedidos hechos.

Que en España, por dominar la monarquía, y en la monarquía el clericalismo, los jesuitas intriguen, perturban y acaparen, casi se comprende. Pero que en Francia, con República y verdaderos hombres de gobierno, hagan lo mismo, esto sí que no se explica.

Se me ha metido en la cabeza que vamos a ser nosotros, los españoles, quienes demos un día al mundo la pauta de lo que debe hacerse para acabar con esa peste, peor mil veces que la bubónica. Y si no, al tiempo.

La verdadera España

Creiendo sin duda que no es verdad aquella frase de Dumas, de que el África empieza en los Pirineos, un vendedor de Biblias entróse por la provincia de Salamanca, y...

Le dejaré la palabra, para que se vea lo inocente que el hombre es:

«En el pueblo Escorial—dice—la dueña de la posada no me permitió dejar allí los cajones de mis libros, porque traían la peste», y el cura aconsejó al maestro y a la maestra que no tuviesen aquel día escuela, y mandasen en cambio a los niños ir detrás de mí, dando voces y alborotando, para que nadie me comprase los Evangelios. Y viéndome que, rodeado de mucha gente, estaba leyendo el Evangelio y dando explicaciones de él, se me acercó y me dijo: «Te voy a dar una puñalada que te voy a dejar seco; te voy a rajár de la cabeza a los pies...» Y con la sonrisa en los labios me brindó después con una copa de vino... yo me sospeché que para envenenarme... Y cuando, después de puesto el sol, yo regresaba del campo al pueblo, agarrándome brutalmente de los brazos y dándome fuertes empujones, me decía: «¡Ven para aquí, canalla, que te voy a picar a puñaladas! ¡Ven, granuja, que te voy a hacer tajadas, y la más grande de cuarterón!»

«En el pueblo de Mahillo, el juez municipal, que tiene un hijo estudiando para cura, me dijo: «Soy el juez y no le dejo vender esos libros», y contestándole yo: «Precisamente por ser usted el juez, tiene el deber de hacer justicia y ampararme en mi derecho», me replicó: «No, señor; yo voy a ser el peor, y no consentiré que usted venda esos libros en este pueblo.» El tal juez me dijeron las mujeres que era íntimo del cura, y todas las tardes iba a casa del párroco a jugar al tresillo; pero sin duda el cura lo ha enviado para prohibirle a usted la venta.»

«Más grave aún fué lo que me ocurrió en el pueblo de La Bastida. A la entrada del pueblo encontré unas mujeres y les ofrecí mis libros, y empecé a leerles algunos trozos del Evangelio. Y un hombre que estaba cargando un carro de cieno, me empezó a insultar, y añadió: «Ya te estás marchando de aquí, antes que te meta esta pala por la panza»; era una pala con seis pinchos de hierro. Y respondiéndole yo que tenía todo derecho para estar allí, me dió un golpe terrible con el mango de la pala en el costado, que me dejó sin habla unos momentos. Y rependiéndole yo mansamente, me acometió, no ya con el mango, sino con los pinchos, golpe que yo pude eludir desviando el cuerpo. Y habiéndole yo denunciado al juez, delante del mismo juez me amenazó otra vez con la pala, y con blasfemias y un lenguaje sucio que horrorizaba, negó lo que había pasado a la entrada del pueblo; y llamadas las mujeres que lo habían presenciado todo, no quisieron dar su testimonio. El héroe de estas hazañas era el sacristán del pueblo, un joven de veintiséis a treinta años, y esto acontecía el 24 de Marzo, ¡y al día siguiente, 25, día de la Virgen, iría tan fresco a comulgar y a cantar la misa en el coro!»

«En La Culeada de Valduniel, el día 19 de Marzo, vendiendo yo mis libros, vino un cura, y resistiéndome yo a marchar del pueblo, como él quería, llamó dos guardias civiles, que me llevaron a la casa cuartel; allí examinaron mis documentos, me registraron escrupulosamente, y no hallando motivo ninguno para prenderme, y dejándome en libertad, quise dar una vuelta por el pueblo, pero cogiéndome del brazo un guardia, «usted no se menee de aquí» me dijo, y dió un puntapié al cajón de mis libros y los echó a rodar por el suelo. Y el buen cura decía: «Si estos hombres no hay quien los haga callar: lo mejor era darle una buena paliza y arrojarle del pueblo.» Lo primero no se atrevieron a hacerlo los guardias, pero sí lo segundo. «Usted se marcha del pueblo, porque lo mandamos nosotros. Usted dé la quija que usted quiera y donde quiera, pero usted no da vuelta por el pueblo, pues se marcha usted ahora mismo.» Protesté de tal atropello, pero el cura lo mandaba, y por cima de la ley que me autorizaba, y por cima de la Guardia civil cuyo deber es perseguir a los criminales para defender los derechos de los ciudadanos, fui violentamente arrojado del pueblo, porque en España, hoy los que mandan son los curas, y ante la voluntad de un cura nada vale la ley, ni el derecho, ni la fuerza, porque el cura es el que manda a la fuerza.»

Me ha hecho reír la relación del vendedor, por la ignorancia absoluta que revela del país en que vive.

¿Qué esperaba? ¿Que las autoridades y la fuerza pública le hubieran amparado en su derecho? ¿Que el cura le hubiese respetado y el pueblo no le hubiese agredido, mandándole el cura? Estas estupideces únicamente ocurren en los pueblos civilizados.

Al vendedor lo ha extrañado todo eso; a mí, en cambio, me ha parecido lo más natural y corriente; y he reconocido en esos actos a España, a mi España de siempre, a la que ha expulsado moriscos, degollado judíos, quemado herejes, ahorcado masones, fusilado liberales; a la España que ha sostenido siempre que la fe vale más que la ilustración; que quemó libros con Cisneros y denuncia periódicos con los gobiernos restauradores; a la España que aulla en los rosarios de la Aurora, se da de puñaladas en las romerías, va borracha a la misa del gallo y se deja guiar por sandalias y soledades.

«Oh, sí, esta es España, la España de la tradición, de la unidad católica, de la intrínseca, de la brutalidad!»

Y ¿quería ese de las Biblias recorrer sus pueblos sin que lo atropellasen? No he visto en mi vida pretensiones más absurdas.

LA RAIZ DEL MAL

Con arreglo a estadísticas recientes, las potencias políticas del mundo, agrupadas por la religión dominante en ellas, gobiernan a los habitantes del globo en la proporción siguiente:

Los católicos griegos...	120.000.000
Los católicos romanos...	250.000.000
Los mahometanos é independientes.....	510.000.000
Los protestantes.....	620.000.000

Me molesta la inferioridad que, en cuanto al número, se encuentra la religión de mis mayores, que es la única verdadera, al lado de esas falsas.

Si bien me consuela la idea, por nadie discutida, de que sus curas no se dan tan buena maña como los nuestros para sacar dinero a los fieles y perturbar los pueblos donde influyen ó dominan.

Porque habrán mis lectores advertido, que solamente en los pueblos donde el catolicismo alza el gallo, ocurren a diario perturbaciones, motines, guerras civiles... Hablen España y las Repúblicas del Sur de América.

En Alemania, en Inglaterra, en Norteamérica, los pastores protestantes no se rebelan contra los gobiernos, ni obligan a los fieles a que lo hagan. Por esto viven bien y avanzan por el camino del progreso. Hay que desengañarse:

España no tendrá cura, mientras la domine el cura.

LA PESTE DEL MUNDO

Es la Compañía de Jesús. No hay paz posible sobre la tierra mientras haya jesuitas.

Ellos viven y triunfan bajo el protectorado de Inglaterra, y por eso imperan en la Compañía, por más que la ordenanza del cojo Ignacio impone la más absoluta sumisión al General, los jesuitas ingleses y los norteamericanos.

Conviene a los ingleses para la realización de su ideal que posea John Bull el imperio del mundo, robando lo que les acomode, tener por espías y auxiliares a los jesuitas, los cuales arruinan y prostituyen y debilitan a la raza latina, en servicio de Albión, pero logrando un imperio mayor, en nombre de los corazones de Jesús y de María; ser dueños de las familias, tener el dominio de las mujeres y de los bolsillos de los hombres, en los pueblos latinos primero, y donde puedan, además, en toda la tierra.

Ellos jesuitas ingleses y norteamericanos, de acuerdo con el P. Martín, su general, quieren, con ayuda de los ingleses, y encontrando buenos todos los medios, conforme a la doctrina de Loyola, colocar en el trono francés al duque de Orleans y traer a D. Carlos al Palacio de la Plaza de Oriente.

Como han logrado invadir mucho terreno en Francia, y una cantidad que asusta en España, donde han llevado su tizne a la prensa, casi todos los gobiernos, cuerpos legislativos, ateneos, academias, universidades, teatros, comercios, industrias, familias, creyeron llegado el momento de provocar conflictos, creando los partidos en cuyo torno se agruparon los orleanistas allende los Pirineos, y los carlistas, sin careta ó disfrazados de integristas, ó de conservadores algunos, del lado de acá, y que ya no les quedaba más que coser y cantar para acaparar los presupuestos.

Por fortuna, consiguen perturbar, causan el desasosiego, se llevan el dinero, hacen la vida imposible, pero no triunfan: por muchas sombras que acumulen, se les van siempre rayos de luz; por mucha fuerza que desplieguen para detener el tiempo, dismuyen la rapidez, pero no logran impedir la marcha.

En Francia ni el pretexto Dreyfus, ni la farsa de trocar en parodia del castillo de Chambord la casa de la calle de Chabrol, que servía en París de Casino a los jesuitas encargados de combatir a los israelitas, casino que convirtieron en ridícula fortaleza, y encerrados allí un tal Guérin y unos cuantos carniceros, lanzaron un reto al gobierno de la República, que los hizo salir a puntillones; ni la *Liga de Patriotas*, que aquí se llama *Unión Nacional*, siendo París un *Droné* de menor cuantía; ni Drumont, el que quiere promover una guerra de religión; ni Rochefort, el demagogo que tiene un *chalet* en Mónaco, junto al Colegio de los jesuitas sus compañeros, con los cuales celebra fiestas donde figuran más el Margaux y el Iquén y el Moët Chandon que Luis Gonzaga, el cojo Ignacio y el Sagrado Corazón, fiestas que tal vez matizan las mejores niñas de Monte-Carlo; ni Rochefort, repito, ni su terrible *Intransigant*, dan juego ninguno. Francia se rie de todo eso; el gobierno descubre las farsas de conspiración, y después que los tribunales más altos condenan a los conspiradores, los desprecia y los indulta.

Con el apoyo de los jesuitas ingleses, yankees y franceses, no ha podido conquistar el orleanismo más de media docena entre generales, jefes y oficiales en el brillantísimo ejército francés.

En España, si los jesuitas han logrado matar con el anarquismo Angiolillo a los conservadores y con las disidencias de los hermanos laicos a los liberales, han sido inútiles sus esfuerzos para llevar a don Carlos el partido socialista. Consintieron que León XIII dijese algo contra el carlismo, al precio del ingreso del integristismo en el gobierno, artimaña hoy desbaratada, pero que les ha servido para un aumento de frailes, monjas, conventos, fortalezas, latín, discursos huecos, y explotación de las bolsas de los tontos.

Nuestro Ejército, nunca, jamás, ni en la guerra de Carlos V, ni en la del *Chapa*, ó del *Dientes Negros*, ha dado más que unos pocos traidores a los facciosos. Aparte mil razones de disciplina, de amor a la libertad, de conveniencia y de vergüenza, y de todo, median entre los cabezallas y las hordas del carlismo y nuestros oficiales y soldados, que a pesar de las calumnias del clericalismo valen tanto, por lo menos, como los de los mejores ejércitos, median, repito, los lagos de sangre tan bien y con tanta evidencia descritos por Nakens en *Los crímenes del carlismo*, los recuerdos de Olot, Cuenca, Igúzquiza... y los nombres de los mártires Victoriano Sánchez, Aguirre, Ruiz, y Temprado.

Nuestro Ejército y nuestra Marina, que a pesar de cuanto ladran los que quieren matarlos—es lo mejor que tenemos en España,—es preciso que se organicen como lo exige la guerra moderna,

sin esos armatostes acorazados, ya inútiles, pero sí con excelentes tropas de montaña, combatidas por todo lo que huele á carlismo, y buques pequeños y rapidísimos, aprovechando las distintas formas en que pueden aplicarse, para la destrucción, las sustancias explosivas; torpederos, submarinos, brulotes y corsarios que no dejen sin apresarse ó echar á pique un barco del comercio de los enemigos, que pudieran ser los ingleses, si realizan sus propósitos de atentar á la integridad de la patria española esos aliados de los jesuitas, sus espías, fuera de nuestra España como en España, que tienen bajo su protectorado sus conventos-fortalezas, según está escrito, con letras gordas, en la pared de un claustro de la Universidad de Deusto, y que les dan partes casi diarios de lo que pasa en el campo de Gibraltar, en Vigo, en Bilbao, en el cabo de Palos, en Canarias, en Menorca, en la provincia de Cádiz... Y tienen razón. Los jesuitas, tan extranjeros aquí como los ingleses, pues lo son en todas partes, sirven á la nación que mejor les pague. Cuando la guerra con los norteamericanos, los jesuitas yankees, tan jesuitas como los de Bilbao, Monte-Carlo, Jersey y el Puerto de Santa María, pedían á Dios en sus residencias, que los demonios echaran al fondo del mar las escuadras de Montijo y de Cervera.

Pero tenga presente Chamberlain que aún estamos vivos, aunque se permita él declararnos muertos; que la pérdida de nuestras Colonias nos da hombres, dinero y energía, por más que haya lastimado nuestro amor propio, no tanto como á otros las palizas del Transvaal.

Los separatismos son, como el integrismo y La Unión Nacional, formas del jesuitismo y del carlismo, y á su sombra se cobijan los malos industriales para seguir engañando á los parroquianos y pagar encima menos contribución, ocultando en todas sus formas la riqueza.

La ciencia democrática, que detesta la tropa de boina y bonete, no acepta los reaccionarios fueros con don Carlos por señor, ni las farsas de autonomía. La ciencia democrática es la descentralización igual para todas las provincias, marchando conforme vaya consintiendo la cura de la salvajería de los pueblos, á que resuelvan los asuntos referentes á los individuos y sus relaciones los municipios, los de las relaciones de unos pueblos con otros la provincia, y los generales de la nación el Estado.

En la ciencia democrática, el límite del derecho lo marca el atentado al ageno; y así la libertad de enseñanza se opone á la clerical que mata, como hay que repetir cien veces, la razón del niño con el brutal desarrollo de la memoria, en la que vierten la enemiga contra todo progreso; de igual modo que la libertad de asociación no admite las comunidades de frailes, porque lo son para la holgazanería, para la política del absolutismo y para la explotación de los bolsillos, valiéndose como pretexto del más hediondo fanatismo, de la burla más descarada de las máximas evangélicas, y, lo que más indigno es aún, de las protestaciones en colegios y conventos de que no se puede hablar por respeto á los lectores, y que han originado asquerosos procesos en Francia, en Irlanda, en Bélgica, en Italia y en algunas repúblicas hispano-americanas.

Y consienten los padres que tantas inocentes y encantadoras señoritas se condenen á encierro perpetuo entre gentes desconocidas é ignorantes, llevándose valiosos dotes! ¡Como si para dirigir preces á la Providencia no inspirasen más fervor los cariñosos besos de las madres no postizas y el perfume del hogar, que las caras de vinagre de las abadesas, los peligros de la tentación y el olor infecto y la frialdad de la celda!

No se ve todavía ni una luz en el horizonte, pero venceremos. Están con nosotros la ciencia y el arte, y nos favorecen las enormes barbaridades, los absurdos inconcebibles de la doctrina de los enemigos, y hasta sus caras hipócritas, sus vestiduras negras y feas.

Tenemos la fuerza incontestable de los tiempos y las rachas de aire puro que nos llegan de otros pueblos cultos, y venceremos, sí, á pesar de lo tremendo de la lucha, tan tremenda, que un diario de gran circulación que se llama republicano y democrática y que no queremos nombrar, publicó hace pocos días, el 14 de Mayo de 1900, siete meses y medio antes de comenzar el siglo XX, lo que sigue:

«La idea de erigir una iglesia parroquial dedicada á la Concepción de María Inmaculada, en el barrio de Salamanca, adquiere prosélitos.»

«El nuevo templo, que viene á llenar una necesidad como medida de higiene y de conveniencia religiosa y social, se llevará á la práctica tan luego como quede constituida la junta de señoras que trata de formarse, y de la cual formarán parte gran número de damas y afortunadas feligresas de la actual iglesia de la Concepción.»

«Los trabajos preparatorios, á fin de iniciar la suscripción y adquirir el terreno, comenzarán en breve, para lo cual se cuenta con la cooperación del inteligente arquitecto señor Cabello y Lapiedra.»

«De la caridad inagotable de Madrid, y especialmente de la piedad del vecindario del popular barrio de Salamanca, es de esperar que con la ayuda de todos pueda darse cima á tan grandioso proyecto.»

Pues bien, á pesar de eso, contra todo eso se abrirá paso la luz.

Borrachos de religión, y no sé si también de vino los católicos de varios pueblos que se reunieron en la romería de Caraña, ayuntamiento de Pol (Lugo), se liarón á tiros, palos y pedradas, resultando varios heridos y muerto un joven llamado Reigosa.

En la romería de San Marcos, en el pueblo de Maza, ayuntamiento de Pantón (Monforte) ocurrió casi lo mismo, resultando varios heridos y muerta una joven de 17 años á quien alcanzó un proyectil.

Siento de todas veras que no haya romerías á diario en todos los pueblos de España, para que los creyentes se exterminaran unos á otros, ya que les da el naípe por ahí.

A CRISTO

Ruégote, á ti que predicaste y practicaste la pobreza aquí abajo, que leas los siguientes párrafos:

«El hombre más rico de la tierra, pues-

to que posee más de dos mil millones, no se encuentra en América como pudiera creerse.

El dichoso poseedor de esta fortuna, es el Papa. Además del palacio del Vaticano con sus jardines y anexos, y la iglesia de San Pedro que tantas obras de arte encierra, León XIII posee innumerables propiedades, casas, castillos, quintas, etc., millares de hectáreas laborables, praderas, bosques y landas, que le pertenecen en propiedad.

Aproximadamente, la fortuna del santo Padre está evaluada en dos mil ciento veinte millones de pesetas, produciendo una renta anual de 120 millones, ó sean 10 millones por mes, ó 410.950 pesetas por día, que hacen 17.122 pesetas 50 céntimos por hora, 285 pesetas 40 céntimos por minuto y cerca de 5 pesetas por segundo.»

Creo que hay alguna diferencia entre tu manera de vivir, ¡oh Cristo que repartías panes y peces entre los pobres que te rodeaban!, y la de tu representante en la Tierra.

Si violieras por aquí otra vez, te daría yo sobre el terreno otros detalles que seguramente te harían exclamar: «¡Y que me dejara yo crucificar para esto!»

De los de buena cepa

Estaba nuestro correligionario Vicente Toledo de visita en casa de un amigo suyo en Logroño, cuando entró un tal Azofra, de oficio cura, y al al verle, sin haber tenido con él relaciones de ninguna clase, y faltando á todas las reglas de educación y al respeto que merece un hombre de su edad, se encará con él y le preguntó:

—¿Qué tiempo tiene usted?

—Paso de 82 años—contestóle el anciano.

—¿Y cuándo piensa usted emendarse?

—No sé por qué me dice usted eso.

—¿Como no va usted nunca á misa!...

—Ni pienso ir.

—¿Qué ganas tengo de matar á todos los malos!

—Pues mire usted. Si todos los hombres obran como yo en todo el curso de mi ya larga vida, no hacen falta tribunales de justicia, guardia civil, cárceles, presidios, ejército, alguaciles, serenos, ni verdugos; ni curas, ni purgatorio, ni infierno; porque á nadie le he hecho daño ni nadie me ha tenido que llamar al orden. ¡Y ya quisieran más de la mitad de los que llevan el traje de usted, llegar á la honra que les sobra á mis alpagatas!

Al oír estas razones valientes, el de lo negro dió doble derecha y salió al trote sin contestar una palabra.

Bien por nuestro amigo Toledo, al que únicamente le faltó añadir:

«Y soy tan honrado y he obrado tan bien, porque nunca me he puesto la careta de la religión para dar bromas á la moral y á la decencia, como acostumbraban á hacer los clericales, con poquísimas excepciones.»

Pero, en fin, bastante le dijo, para hacerle entender que estaba mal educado, que la religión no influye nada en las acciones de los hombres honrados, y que él, Vicente Toledo, es de los pocos que van quedando de la buena cepa.

Ha muerto en Castellón el exconcejal republicano don José Forcada Almela; y por haber dejado dispuesto que se le enterrase civilmente, no concurrieron á su entierro muchos amigos.

¡Y lo que él lo sentiría! Con seguridad que no durmió tranquilo aquella noche...

Pensando en el tiempo que había perdido en vida tratando con tanto hipócrita y tanto imbécil.

Un altar á Santa Usura

En Gandía se ha levantado ese altar; en la hornacina donde hasta ahora habíase adorado á Jesucristo colocóse una caja de caudales, y ante ella se invitó á los cristianos para que doblaran la rodilla.

Tengo á la vista la invitación hecha en letras de molde en un periódico que por su tamaño se va sólo á la que no hace mucho llamaban los jesuitas cátedra de pestilencia.

Ya no se invita para ir á la iglesia á adorar á Cristo Crucificado, no; ahora los jesuitas, dejándose de rubores que á nada conducen, invitan á funciones religiosas para dar culto á una Caja de Ahorros.

Los anuncios de empresas financieras hechos en carteles ó en banderas no daban el resultado apetecido.

Los franceses y norteamericanos, maestros y reyes del reclamo, tienen que darse por vencidos. Los hijos de Loyola han ideado una manera de anunciar verdaderamente admirable.

Se adorna una iglesia católica con luces y con flores; colócase á la vista una imagen del Corazón de Jesús; revístense tres sacerdotes y uno de ellos consagra el cuerpo y la sangre de Jesucristo; suena el órgano; elevase el incienso; se canta *Credo in unum Deum* y luego se dice: «ese cáliz consagrado, esas luminarias, esos sacerdotes, esa imagen y ese credo os está anunciando que se abre una Caja de Ahorros. ¡Venid, accionistas, no tengáis cuidado; venid, impotentes, no tengáis miedo, que la usura es pequeña, no nos ha dejado el gobierno poner lo que deseábamos; nos tenemos que contentar con un tanto por ciento muy reducido!»

¡Ande el movimiento! ¡Quién no toma parte en este negocio!

¡Siga la misal *Kirie eleyson*: ¡cuantas más acciones se tomen, mejor; gloria in excelsis Deo. Se cobrará el 6 por 100; alcemos la Hostia consagrada: el dinero en este ne-

gocio puede dar un ocho y hasta un diez. Comulguemos con el cuerpo de Jesús: la caja de ahorros será honra de Gandía. Yo os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Venga dinero, que nadie lo perderá. ¡Ande el movimiento; la gran caja de ahorros!!!

El predicador empezaría de seguro diciendo: «En el nombre de Rostchld, de Baier y de Urquijo.» «Amados accionistas ó imponentes: dice el Espíritu Santo, y en mi concepto dice bien.» «¡Oh admirable *comercium*! ¡oh qué admirable es el comercio cuando lo ejercen los hijos de San Ignacio de Loyola!» Y así seguiría hasta que llegara á la peroración, y sacando un crucifijo exclamaría en el colmo del entusiasmo: «¡Le véis desnudo! Pues se debe á que no se le ocurrió fundar una caja de ahorros.» «¡Le véis crucificado! Es porque se dedicó á increpar á los gobernantes impíos en vez de mandarles, para ser aprobados, estatutos de sociedades de crédito.» «¡Véis que no deja á su Madre ni una mala casa en Gandía con huerto y todo! Se debe á que no entendía, y eso que era Dios, ni una palabra de negocios, ni de tanto por ciento.»

El público rompería á llorar á lágrima viva y desde la iglesia se iría á dar cuartos al *guano sagrado y mística usura*.

Confieso al llegar aquí que siento como vértigos: esa mezcla de casullas y cheques, de cálices y duros, hostias consagradas y perritos chicos, textos bíblicos y reclamos financieros, dogmas de fe y negocios bursátiles, me causa el efecto de esos cuadros que representan escenas de las grandes revoluciones y muestran hombres y mujeres medio desnudos, ébrios de vino y de lujuria, empujando la tea del incendio y vistiendo mitras episcopales, casullas hechas jirones ó capas pluviales, mientras beben en cálices y copones vino turbio y mal oliente que á veces cae sobre altares, ornamentos y sepulcros.

Esa función religiosa de la caja de ahorros es más anticatólica que las fiestas en honor de la diosa Razón.

Es menos monstruoso, católicamente hablando, colocar una prostituta en un altar, que colocar una caja de préstamos usurarios y ofrecerle incienso y oraciones.

Aquellas orgías en las iglesias eran francas expansiones de pueblos que durante siglos se habían visto azotados por el látigo del clericalismo; estas profanaciones sacrílegas las llevan á cabo los que han jurado fidelidad al Dios de los altares y se llaman religiosos y sacerdotes.

Allí había una muchedumbre inconsciente que después de la borrachera de sangre y de vino quedaba tan pobre y tan desgraciada como antes; aquí un ejército de jesuitas y jesuitantes que del sacrilegio y la infame profanación saca duros y billetes de Banco para vivir en la opulencia.

Los jesuitas han matado el sentido moral y la fe de los pueblos, y de la falta de fe y de sentido moral sacan las cajas de ahorros y las usuras sagradas.

Hacen algo así como el hijo que tuviera valor para matar á su madre y sobre el cadáver de la que le había dado la vida se sentara á vender los muebles y efectos heredados.

Esa función religioso-financiera de Gandía, para los neos estúpidos, corrompidos y usureros por naturaleza, es la cosa más natural del mundo.

Mas para todo el que conserve una chispa de luz en la inteligencia y una chispa de honradez en el corazón, es el espectáculo de los jesuitas y el clero jesuitico que, después de haber asesinado al catolicismo, se sientan sobre su cadáver á vender acciones, cheques y estatutos de una empresa usuraria.

Y este espectáculo resulta tan nauseabundo y repulsivo, que no arranca del alma más que un grito energético, varonil, entusiasta: «¡Abajo los jesuitas! ¡Fuera los farisantes! ¡Mueran los sacrílegos profanadores de la religión!»

GIL BLAS DE SANTALLANA

De tal manera insultó un cura de 30 años á un anciano de 83 en la ermita de Tobarra, que el infeliz salió avergonzado y cayó enfermo.

Ignoro la causa del atropello, pero me atrevería á asegurar que el de la coronilla afeitada estuvo en su terreno.

El, como todos los de su oficio, viven del movimiento de la población.

Ese viejo no sirve ya para casarse ni para tener hijos, es decir, para nada que produzca dinero á los clérigos; y en cambio, se permite el lujo de vivir cerca de un siglo, estafándole así á ese cura el entierro.

Vaya, no me digan ustedes; estas faltas y estos abusos sacarían de quicio á cualquiera.

Disculpe, por lo tanto, el arranque de ese ministro del Señor.

El hombre salvaje

Relato de un oficial francés de los que atacaron el pacífico oasis de In-Rhar, en el Taout:

«El 19 del corriente (Marzo), á eso de las siete y media, frente á In-Rhar. Los habitantes del oasis retrocedían á medida que las tropas avanzaban.

La sección de artillería colocó sus piezas á 1.300 metros y rompió el fuego.

Al segundo disparo se abrió una enorme brecha en los muros de la grande kasbah, sobre la cual se disparaba, y los habitantes se precipitaron á la abertura para cubrirla de maderos. Entonces llegó su vez á la infantería, que hizo descargas cerradas sobre los sitiados para impedir que cubrieran la brecha.

El kasbah fué demolido por los tiros de obús cargado con melinita. Cuando la bre-

cha estuvo completamente libre de aquellos infelices, la infantería se lanzó al asalto. Entonces pudo comprobarse la potencia de nuestros cañones. Por todas partes cadáveres sin cabeza, sin piernas, sin brazos, despanzurrados; hombres, mujeres, niños, caballos, camellos, yacían en horrible confusión. De mil doscientos habitantes sólo quedaron sesenta y dos; los demás habían muerto ó se habían refugiado en los fosos.»

No leído nada parecido, á no ser las brutalidades que cometimos los españoles en América, más que en la Biblia, cuando Jehová se ponía furioso por cualquier bagatela y mandaba al pueblo elegido exterminar á los otros.

Lo cual me hace sospechar que acaso el hombre será enteramente un animal salvaje, al que sólo puede pedirle que esconda un poco las uñas.

Porque no hay que olvidar que estamos en los albores del siglo xx, y que esos crímenes de lesa humanidad los comete un pueblo que pasa por el más civilizado, y que, por añadidura, es católico.

Aun cuando bien pudiera ser que obra-se de esa manera tan cruel, precisamente por lo de la añadidura.

A la cárcel con ellas

Existe en la calle de Moncada (Barcelona) con el título *La Caridad*, y subvencionado por el ayuntamiento, un chiscón místico destinado, dicen, á acoger las muchachas sin familia ó que no la tengan domiciliada en aquella capital, y que se hallen sin trabajo, pero en realidad á explotar varias industrias que tienen montadas con toda libertad y sin temor á competencia alguna, pues, aparte la subvención del ayuntamiento, que hasta para sufragar todos los gastos, no pagan contribución, y utilizan como obreras á gran número de muchachas á quienes hacen trabajar desesperadamente de sol á sol, sin abonarles otro jornal que una misera pitanzá, como ocurre en todos los ingenios religiosos.

Hace pocos días una infeliz explotada, de 13 años de edad, llamada Dolores Giliomé Mons, cansada del mucho trabajo y del mal trato, se arrojó desde un balcón á la calle, no quedando muerta por la casualidad de que un carabinero del cuartel inmediato corrió al var que iba á precipitarse, y pudo cogerla entre sus brazos; rodaron ambos por el suelo, aunque sin hacerse gran daño, pero teniendo que ir á curarse á la Casa de Socorro. Hilario López se llama el valiente salvador de la niña.

En vista de esto, suplico al ayuntamiento de Barcelona, si ya no lo hubiere hecho, que duplique la subvención á ese asilo; y á las personas piadosas, que contribuyan por todos los medios á su prosperidad, ya que tan bien responde á los fines del clericalismo: explotar el cuerpo para salvar el alma.

Aunque, á decir verdad, habría yo preferido que un juez hubiese entrado en él, y sacado acolloradas, con destino á la cárcel, á las santas mujeres que dan lugar á que una infeliz niña tenga que buscar en el suicidio remedio á la explotación y á los malos tratos.

Dicho esto sin ofender á los Soles de la Concentración Democrática, que ofrecen proteger y mimar, el día que estemos en República, á esos ángeles con tocas.

Murió un ciudadano en Pamplona, sin recibir eso que llaman últimos auxilios espirituales, y llevaron su cadáver al cementerio civil, sin que él dijese ni media palabra. Hay cadáveres muy prudentes.

A los pocos días muere otro en iguales condiciones, y se le enterró en el cementerio católico. Como el otro, tampoco dijo esta boca es mía. Hasta sospecho que ni se enteró siquiera de á dónde lo llevaron.

¿Que por qué al uno se le enterró en sagrado y al otro no?

Huelga la pregunta. El primero no tenía para mandar rezar á un ciego, y el segundo sí.

Por lo demás, tamboril por gaita; total igual.

TOMADO DEL NATURAL

No leído estos días no sé dónde, ni hace al caso, que se trata de resucitar aquel proyecto de auxilios á las compañías de ferrocarriles.

Bien; pero...

¡Medina! ¡Tantos minutos de parada y fonda! ¡Cambio de tren para las líneas de Segovia, Zamora, Salamanca y Pamplona!

Y quien dice Medina dice otra estación de menor, de igual, ó de mayor importancia, de cualquiera de las líneas férreas de España.

Tú, viajero procedente de Madrid ó del Norte, que tienes que seguir tu marcha por una de las líneas combinadas, dejas el tren y te diriges á las salas de descanso, ó á la fonda, porque cualquiera que sea el tren que vas á tomar, has de tener dos ó tres horas de espera. Así lo dispuso quien pudo disponerlo.

Si vas á las salas de descanso, no pasarás de la puerta por escasa que sea la estima en que tengas tu flaca humanidad.

Esas salas—llemémoslas así por última vez, con firme propósito de no incurrir en reincidencia—son dos locales angostos, de paredes un día blanqueadas y hoy cubiertas de un mugriento color obscuro, que es el más repugnante de todos los colores. Pende de una de las negruzcas vigas del techo un farol de fanal que encierra un mal alizado quinqué de petróleo, con el tubo ahumado, porque sobre mecha en la boquilla ó falta aceite en el depósito. Los bancos de despintado pino, único mobiliario de aquella Morgue de vivos, se convierten en camastros de miserable gente que duerme encogida, víctima de calambres ó

de la equivocada presunción del vulgo de que el cuerpo empujado irradia más calor, ó la obliga á esa contracción el exceso de durmientes y la falta de bancos. Los rezagados duermen en el suelo, descansando la cabeza unos sobre el petate y otros sobre la sucia baldosa, y todos formando cama redonda, casi montón del que brotan todos los olores humanos y ninguno sano, y todos los ruidos guturales y ninguno armónico, amén de palabras disonantes, frases atrevidas, quejidos de enfermo, llantos de mamón insaciable y juramentos de impaciente.

El cuadro es Zulesco. Está pidiendo una ración de ácido fénico á falta de un rasgo de humanidad.

Dirigete á la fonda, donde es de ley hacer algún gasto, y te hallarás en un salón de bajo techo, al que amarraron, muchos años hace, lámparas menos artísticas, pero más vetustas que las de Aquisgran, cuyas luces consumen tanto oxígeno como humo apesotado asocian al de los cigarros que fuman los viajeros, enrequeciendo la atmósfera para que éstos puedan mascarla y atrofiarse el sentido.

La estrechez de los locales, clínicamente apellidados de descanso, echa hacia la fonda á mucha gente que, por poco consumo que haga, tiene derecho á sentarse, despatarrarse y roncar con toda la fuerza que á Dios pluga dar á sus pulmones.

Todo es allí soñoliento; la luz que parpadea en los quinqués y despierta ó revive momentáneamente, cuando, al abrirse una puerta cualquiera, entra del exterior una ráfaga de aire puro y sereno. El ambiente, impregnado de tabaco que pica en los párpados, de calores humanos que congelan y de alientos lamizados en gaxnates que el aguardiente, el vino y el ron acorazaron. La vaguedad con que se dibuja todo á través de un ambiente que es niebla sofocante, entre paradas de un tono sucio que, aunque es el más barato de todos los tonos, no deja de ser el más lúgubre. Las proyecciones de los espejos cubiertos con crespones amarillos, por virtud de las cuales, las figuras que se reflejan en sus lunas parecen espectros vivientes que asisten silenciosos á un concilio macabro. El silencio que el sueño y el cansancio imponen tras de crecidos tributos de sonoros bostezos...

Penden de las lámparas unas peceras esféricas y los peces que en ellas viven yacen inmóviles, aburridos, muertos de tedio. Los manjares que se sirven, se adivinan más que se ven sobre la mesa, y parecen atacados de ictericia. Las botellas de agua, enturbiado el líquido ó empujado el vidrio, son más bien matraces y redomas de laboratorio de un nigromántico.

Desde la una hasta las cinco de la madrugada, en cuyo intervalo llegan y marchan infinidad de trenes, el cuadro se renueva, sin dejar de ser el mismo. Salen unos viajeros, pero entran otros; se deshace y vuelve á hacerse la barricada de maletas y sacos de viaje que forman en el centro del salón los mozos de andén, sombríos y parcos de palabras hasta para agradecer el pago de sus servicios.

Los camareros, luego de servir á los clientes, se desprecizan de modo grotesco, pero acaban por sucumbir al contagio general y se duermen sentados en sillas reecostadas contra la pared, la cabeza echada para atrás, pegado el cigarro en la abita inferior de su boca desmesuradamente abierta y resoplando ventadales de lampestad.

Suena una palmada en un rincón que el humo hace invisible, y el mozo contesta si acaso con un ronquido. Si vuelve á sonar, a voz de hombruna, aunque también aletragada, sale de detrás del mostrador, sobre el cual forman batería unas cuantas botellas medio vacías que se asoman sobre una trinchera de platos que contienen pollos anémicos en flambé, huevos cocidos, con color de brizquillo, chuletas momificadas, raciones de jamón laminado y hasta salinado.

La voz dice «¡Paacooo!» arrastrando mucho las vocales, y Paco despierta, si despierta, se pone de pie, abre las piernas, levanta los brazos hasta formar con sus miembros la figura de una equis y echa á andar renqueando, porque Paco, para que todo esté en carácter, es cojo.

Bucea en aquel mar de humo hasta dar con el importuno consumidor que ha interrumpido su placido sueño, arregla con él la cuenta á gritos, porque les impide entenderse á media voz la tormenta de ronquidos que ha estallado, y Paco vuelve á navegar para quedarse un momento al paio delante del mostrador y volver á echar anclas después en la silla de antes.

Entre tanto, los trenes manobran fuera profanando con sus férreos atreimientos la soberana majestad de la noche. Las locomotoras pasan trepidantes arrojando lumbre de su rojo vientre y atronando el espacio con sus silbidos, que mis bien parecen rugidos de fieras locas puestas en libertad...

Ya lo sé. Que se está construyendo otra estación—dicen ustedes.

Bueno; pues cuando se hayan construido todas las que hay que construir, y esté tendida la doble vía á que obliga la concesión, hablemos, si á ustedes les parece, de auxiliar á las compañías de ferrocarriles.

Porque el Estado podrá protegerlas; pero al público ¿quién le protege?

ANGEL MARÍA CASTELL

Así como el del malogrado y por todos llorado Agustín Costa, fué el primer entierro civil que hubo en Cullera, el de una hija del vendedor de periódicos radicales, Manuel García Fuertes, ha sido la primera inscripción civil.

Y como está la chusma nea con esto! ¡Gruñe y rebuzna á un tiempo!

Mi aplauso al amigo Fuertes, por el valor que ha demostrado al realizar un acto que pocos republicanos realizan, á pesar de ser completamente legal.

Seamos imparciales

El obispo de Madrid ha estado enfermo, y al recobrar la salud...

¿Se enteraría de los muchos infelices que están enfermos por esos cuartos desmantelados y mandaría socorrerlos?

No, no hizo eso precisamente. Lo que hizo fué convidar al Nuncio, al obispo de Lion y á otros privilegiados del clero á un banquete de ocho duros cubierto, servido por Lhardy.

Un colega, recordando el Evangelio y los Santos Padres, sale por este registro:

«Seguramente no comerían ázymos,

ni cordero con lechugas silvestres, ni langostas del desierto, miel y pececillos del río; ni estarían en pie, sino arrellanados en cómodas poltronas evangélicas para que no se dijera que habían aprendido las obras de las gentes y adorado sus ídolos.

Se quería obedecer a San Bernardo: «A los prelados, dice, sólo convienen los alimentos de la Iglesia y no los excitantes de la gula» por aquello que afirmaban los apóstoles: «No conviene que nosotros abandonemos la palabra de Dios para entregarnos a la mesa.»

El P. Cos y el P. Cardona comerían recordando las palabras de San Jerónimo sobre el Cap. 35 del Eclesiástico: «Es vergonzoso que prediquemos a Jesús crucificado, pobre, y hambriento, con nuestro estómago repleto de manjares exquisitos, y enseñemos la doctrina del ayuno y la sobriedad con la boca llena y los carrillos hinchados...»

Ni habrían olvidado el dicho del Crisóstomo (Homilía 15, a Timoteo): «Los prelados de la Iglesia no deben usar más que los vestidos y alimentos indispensables, no sea que llevados por torcidos deseos, lleguen a vivir con las gentes y como las gentes del siglo.»

Tanto abusamos los ímpios del parangón entre los obispos de hoy y los de otros tiempos, que si yo vistiera capisayos morados, habría ya lanzado la idea de celebrar un Concilio para declarar imbeciles de solemnidad a todos los Papas, Santos Padres y Prelados que predicaron y practicaron la pobreza. Y aun puede que me atreviera a proponer también que se pusiese en duda la autenticidad de los Evangelios.

«¿Que si Cristo dijo?... ¿Que si el Santo Padre tal escribió?... ¿Que si el Papa Fulano dispuso?... Es imposible que los prelados de hoy puedan vivir tranquilos con esa constante y modesta cantinela.

Además, me parece que partimos de una base falsa para elogiar la sobriedad y la modestia de los de antaño. ¿Había entonces las telas riquísimas de ahora para ponerse majos? ¿Existía Lhardy siquiera? Y el champagne y el jerez ¿quién los había inventado? Los cocineros, ¿qué sabían guisar?

Hay, pues, que dejarse de exageraciones, y abstenerse de censurar a los prelados de hoy porque gozan en grande de los placeres que la vida moderna ofrece, vistiendo mejor que príncipes, comiendo y bebiendo por todo lo alto y habitando en palacios suntuosos. Y comprender que, haciendo esa vida, no pueden dedicar ni un céntimo a socorrer a sus hermanos en Cristo.

«¿Cuesta todo tan caro! ¡Hasta las patatas están por las nubes! Por esto no se hallan ya al alcance de los pobres aquellos por quien tanto se desvelaba Cristo.

Ni ley ni justicia

La *Conciencia Libre*, de Málaga que dirige doña Belén Sárraga de Ferrero, está siendo objeto de una sañuda persecución por parte del gobernador de aquella ciudad.

El primer número de aquel colega, publicado el 15 de Abril, fué denunciado.

El tercer número correspondiente al 28 fué también denunciado por una poeta de Bartrina.

En fin, el número cuarto, publicado al siguiente día fué igualmente denunciado, por un artículo publicado el día anterior y que no había sido denunciado.

Intil añadir que todas las ediciones han sido recogidas en correos.

La *Conciencia Libre* pone estos hechos, por nuestro conducto, en conocimiento de sus corresponsales, suscriptores y lectores de toda España, para que sepan a qué obedece el no recibir dicho periódico.

Para hacer frente a los enormes perjuicios que estas repetidas denuncias acarrearán al colega, ha abierto éste una suscripción voluntaria en sus columnas.

Esta persecución ha despertado en Málaga una agitación extraordinaria entre las clases populares.

En todos los distritos de la población se están organizando rápidamente juntas revolucionarias, dispuestas a poner coto a la reacción.

Intil es quejarse ni acudir a nadie para que haga justicia. Málaga está completamente entregada a los que, para cubrir sus chanchullos, usan a toda hora el manto religioso.

Y como a estas gentes les estorba todo el que trata de quitar telarañas del cerebro del pueblo, de aquí que en Málaga sólo puedan vivir y medrar los acomodaticios o los tunantes.

Lamento cuanto ocurre a *La Conciencia Libre*, y me pongo a sus órdenes.

JUAN LANAS

Ha comenzado a publicarse en Sevilla un semanario con ese título, y viene pegando de verdad. Para muestra copio el primer artículo del primer número:

DEDICATORIA

A ti, pueblo español, feroz y pacientísimo, descreído y devoto, alegre y tético, todo en una pieza; a ti, productor de la torería, el flamenguismo, el matonismo, la gandulería, la frailería, el jesuitismo y el salvajismo, del caciquismo brutal, los nobles bandidos, los señoritos de ganza y los ministros ladrones; a ti tenemos el honor de dedicar este periodiquito, bautizado con tu nombre, y que viene a contar tus gloriosas tradiciones, de valearte y a fortalecerte

en tu peculiar y jacarandosa manera de ser y de pensar y de progresar en sentido inverso.

Tú, sobre cuyas costillas ha llovido interminable rosario de estacazos desde Carlos I hasta Silvela; tú, que entonabas la marcha de Cádiz cuando tus amos se divertían mandando a tus hijos a que los matasen en la manigua y que aullabas de gozo en los toros al recibir noticias de las palizas con que desplomaban a tus soldados; tú, merecedor de Carlos Chapa y sus húngaras y de las chamusquillas inquisitoriales, debías tener un periódico tuyo, y ya lo tienes, español hasta las cachas, temeroso de Dios y del progreso, bonachón y chapado a la antigua.

Sigue, pues, toreando—y siendo toreado—aclama a tus reyes, besa los anillos de los obispos, fuma veneno, paga consumos, entrega tus hijos para que sirvan al rey y tus últimos perros chicos a las queridas de tus amos, come adoquines... y Dios te premiará derramando sobre ti un celestín de brevas espirituales, miseria y abyección inclusivos, y cuando acabes de morirte cristianamente en tu estercolero, te regalará la gloria eterna.»

Amigos Ochoa y demás redactores: Los felicito por la fundación de un periódico que tanta falta hacía en esa tierra donde abundan los hipócritas, los toreros y los borrachos, y que tuvo la honra de verme nacer, aunque no la merecía.

Ya tiene *El Baluarte* quien le ayude en su valiente y constante campaña, que tanto admiro.

Dos curas en discordia

Pues, señor, fuese por devoción, ó por no tener en aquel momento cosa importante que hacer, entró en la iglesia de San Martín el vendedor de periódicos de Plascencia, llamado Taravillo (padre) y postrose a los pies del Penitenciario que estaba de tunda.

Al conocer a Taravillo, empezó el confesor a reconvenirle por vender periódicos liberales, con arreglo a aquellas palabras de Cristo: «No vendáis otros periódicos que *El Siglo Futuro* y *La Semana Católica*.» (Evangelio de San Juan, capítulo 6.000, vers. 469)

Después de varios dimes y diretes a propósito de *El País* y *El Morín*, concluyó don Policarpo por decirle, que si no le ofrecía dejar la venta, se negaría a absolverle. Taravillo levantóse, y como sin duda se había propuesto no volver a su casa sin la absolución, dió con el costal de sus pecados en el confesonario del cura Ramos, vacióle entero, y se levantó al fin más limpio que una patena, quiero decir, absuelto como una persona mayor.

Es casi seguro que el cura Ramos le pague al Penitenciario la jugarreta; pero como esto me tiene sin cuidado, voy a limitarme a preguntarle al amigo Taravillo: «¿Digiere usted mejor desde que ha sido absuelto? Porque en este caso, único, tal vez comenzase yo a pensar en si me convenía ir, dentro de ochenta años, a exponerme a encontrar un Penitenciario que me negase la absolución.

Porque esto de digerir bien, es una cosa muy agradable y necesaria para salvarse... en todas las epidemias.

Hablando contra la prensa liberal, se le ha escapado esta frase al arzobispo carlista de Sevilla:

«Nosotros, los que no tenemos a nuestra disposición la fuerza, no podemos tomar ciertas medidas, que acaso serían muy eficaces...»

«Eh, qué tal? Si el clero acabara de apoderarse del poder sin Nakens a la parrilla que iba a servir a los suyos! Antes ciguén todos los curas, que tal vean.

Pero no hay que olvidar la piadosa intención, por si un día cojemos la sarten por el mango. Les aplicaremos con mucho gusto los procedimientos que ellos emplearían para acabar con nosotros.

Lobos de una camada

Un sacerdote que conoce bien el paño, hablando de las instituciones de mujeres jesuitas:

«Distingúense las sociedades de mujeres jesuitas entre todas las demás, por los caracteres esenciales del espíritu jesuitico, a saber: mortificación exterior nula, reglas elásticas a voluntad del superior, pretensiones de grandeza, esmerado culto a la etiqueta social y ceremonias externas las más aporpositas para halagar la voluptuosidad espiritual. De esto hablaremos en su día con la extensión posible. Debo advertir que los jesuitas han procurado poner a sus amazonas al abrigo de toda sospecha de complicidad con el Instituto, y cuando se les habla de estos asuntos, procuran dar a entender que aunque han sido fundadas por individuos jesuitas, nada tienen que ver con la Orden en general. Esta es una precaución muy prudente. Cada día van extendiendo más su esfera de acción, creando nuevas congregaciones, con objetos distintos, si bien prefieren la enseñanza de niñas, como si se propusieran matar todas las Ordenes religiosas de mujeres que no les pertencen. Contra las de vida contemplativa, ellos han inventado modos de devoción especiales, que materialmente y al parecer están dentro de la Iglesia, pero

que en su espíritu son la oposición diametral del espíritu cristiano.»

Sólo pensando en que el interés de todos estriba en sostener la farsa, se puede concebir la pasividad de las demás órdenes religiosas ante el acaparamiento desordenado de los jesuitas.

Por esto los mudo a todos por igual rasero, y con el mismo gusto acabaría con el cura que por miedo transije con el fraile, que con el fraile que por seguir esquilmando al pueblo se doblega ante el jesuita.

Son todos lobos de una misma camada, y oada cual devora como puede al rebaño.

UN TENORIO

En cierto villorrio del ancha Castilla, paseando una noche de invierno, muy fría, halléme a un mancebo pegado a la esquina de casa de Clara, que es joven muy tímida, y muy rezadora, y muy rebonita. Mientras yo miraba si le conocía, abrióse un postigo se asomó Clarita, hizo una seña, se acercó en seguida, mas notando entonces que yo le seguía, empuja la puerta, entra con gran prisa, tropieza con Clara, se arrollan, se pisan, y salta un objeto de mi pie a la orilla. Ciérrase el postigo, mi cuerpo se inclina, y cojo del suelo, ¡Dios santo! una hebilla...

Pero una de aquellas que llevan prendidas en bota ó zapato los que dicen misa.

ENRIQUE CAÑIZO

Morón de Almazán.

Cosas Literarias y Artísticas

LA SEPULTURERA

—¡Ahí tienes la cena! Yo no tengo ganas. —Pues están muy apetitosas las chuletas, y el arroz huele a gloria... ¿Qué tienes? Yo no sé si es la calor ó tu convalecencia de las calenturas, pero estás que no te aguantas a ti misma. Aprende de mí, que hoy he enterrado a seis párvulos y cinco personas mayores y estoy reventado, y ahora que son las ocho de la noche acabo de abrir dos zanjas para huéspedes nuevos; y, sin embargo, vengo de buen humor, porque voy a verte, a cenar contigo, con mi Nicanora, que cada día está más buena moza.

—¡Quita día! —¡Un abrazo! —Que no! Que estoy requemada y con la sangre ardiendo y no tengo humor de míos. ¡Quién me sacó a mí de la plaza de los Mostenses! Allí, a lo menos, en este mes de Agosto, sentada en la acera, delante de la fresquería de mi padre, hablaba con la gente, oía requiebros y buenas palabras, le servían a una la cena y no tenía una que hacerla; tomaba una el aire...

—Pues vamos a sacar la mesa a la puerta; anda: hay una luna hermosa, cenaremos fuera, nadie nos ha de estorbar... vaya, coge por ese lado...

—Sí, eso es; cenar delante de las tumbas, viendo esos fuegos que salen de las fosas y me siguen y me corren, que de eso cogí la enfermedad; cenar a la luna, rodeada de muertos... ¡Maldita sea la hora!...

—¡Nicanora! Y Acisclo se levantó y echó mano al bolsillo izquierdo interior de la chaqueta.

—¡Qué! ¿Me vas a matar? ¡Pues ya tardas! Para vivir aquí sola, siempre sola, condenada a no ver más que carros de muertos, cadáveres y más cadáveres, que al descubrirlos para decirles el último responso están horribles... y luego no tratar con mi marido más que a las horas de comer, y tener que guisar cosas que para traerlas de Madrid es menester andar leguas... ¡Oh, qué aborrecida estoy y qué harta! No, no me mires así ni te pongas descolocado; ya te lo he dicho, no le temo a la muerte... ¡Enterrarás un muerto más y yo habré descansado!

Acisclo sacó la mano del bolsillo interior... y se echó a llorar.

Y era cosa de ver aquel mocetón de veintiseis años, fuerte, robusto, buen mozo, y aquella hermosa madrileña de veintitres, blanca como la nieve, con los ojos negros como la mora, despechugada, la blusa abierta, los brazos al aire, la falda recogida a un lado, los blancos pies metidos en zapatos descolados, que fneron de noviazgo, y que ahora en chancleta servían de babuchas... ¡Oh, qué hermosa estaba! ¡Y él, qué enamorado!

Lloraba, lloraba como un niño, y ella no se conmovía; porque las mujeres lloran para enternecer y hacer sucumbir a los hombres; pero cuando nosotros lloramos, nos resisten y luchan.

—¿Te engañé yo acaso cuando te casaste conmigo? ¿No te dije que mi oficio era vivir en el cementerio, vida tranquila, si se quiere, y de provecho, porque tienes la casa, tienes un jardínito, tienes la seguridad del amor de tu marido?... Ya, ya te conozco; a ti no te gusta esto; a los ocho meses de casada ya no quieres más soledad; te hace falta Madrid, y la plazuela, y las verbenas, y los piropos de los chulos, porque eres chula de sangre, ¡porque lo eres!

Y lloraba, lloraba, y se daba con la cabeza contra el respaldo de las sillas... —Y qué! —exclamaba la Nicanora desafiándole... —Yo tenía mis buenas alhajitas que me regalaban mis parientes cuando me casé, y sabes que soy ciega por las alhajitas, y todas me las has empuñado y se han perdido...

—Las empuñé para pagar el médico y la botica, que has estado enferma dos meses, y cada vez que venía el médico desde Madrid costaba dos duros, y la botica ha subido a más de tres mil reales...

y gracias a Dios todo lo doy por bien empleado porque ya estás buena, y tan buena moza y tan hermosa... Oye, Nicanora, no nos enfademos; ven, déjame que te abrace...

—¡Quita día, te he dicho! ¡Que estoy para echar a correr de aquí y no volver en mi vida! Pensar que yo lo pasaba tan bien, que tenía un novio rico...

—¡No lo nombres! —Sí, aún tienes celos de él, de Isidro el matutero... Matutero ó no, y diga mi padre lo que quiera, valía más que tú, que no haces nada por tener a tu mujer contenta... ¡No te acerques, que huelas a muerto!

—Nicanora, por Dios, por la Virgen Santísima de la Paloma que nos está oyendo (y señalaba a la imagen que tenían en la pared, sobre la cama), no me tienes, no me pongas en un precipicio... Mira que te quiero cada día más; que esta noche, así, tan desahogada como estás, te veo más hermosa que el día en que nos casamos... ¿Qué es lo que tú quieres? ¿Qué quejas tienes de mí? ¿Qué puedo yo hacer que no me niegues esos brazos que son mi descanso, mi alegría, mi felicidad?

La Nicanora pareció ablandarse.

Se acercó a él, se arremangó hasta los hombros, y dándole un cariñoso codazo:

—¡Yo te daré más abrazos que muertos hay por ahí fuera; pero dame gusto alguna vez, dime que harás lo que yo te pida!

—¡Todo lo que se te antoje!

—¡Járame!

—¡Si no hace falta!

—¡Júralo delante de la Virgen!

—¡Te lo juro; pide por esa boca!

—¡Vaya, hombre, que siempre se ha de hacer lo que tú quieras!

II

¡Oh, pálida luna, que presides en la soledad de la noche a los más íntimos amores! ¡Muertos que dormís el eterno sueño en el fondo de vuestras tumbas!... ¡Fosforescentes luces de los huesos humanos que revoloteáis en torno de la humilde vivienda! ¡Ruides de la pradera que cantáis en la llamada noche de verano!... ¡Emblemas y símbolos de la temida muerte, respetad y arrullad en silencioso coro los éxtasis mudos de exuberantes vidas!

III

El reloj del cementerio dió las tres. La luna comenzaba a descender, y sus rayos últimos, penetrando por las entreabiertas ventanas, alumbraron la sombría y trágica escena...

—Oye—dijo la Nicanora.—Esta tarde habéis enterrado a la mujer del joyero de la calle de la Luna. Se conoce que su marido la quería mucho, porque al abrir el féretro en el patio, delante de todos aquellos señores que vinieron con el dnelo, la vi cubierta de brillantes, esmeraldas, rubíes; la muerta lleva brazaletes de oro, pendientes de perlas, un collar que vale lo que tú no sabes... Coge la piqueta y tráeme todo eso...

Acisclo saltó del lecho al suelo como un tigre herido.

—¿Qué es lo que me pides?

—Lo que me has prometido! ¡Lo que has jurado!

—¡No, por Dios! ¡Por la Virgen Santísima!... ¡Eso no puede ser, eso no se ha hecho nunca!

—¡Y eres tú el que me quiere tanto! ¡Quita día, cobarde!

Y de un empujón de sus robustos brazos le arrojó lejos de ella.

Acisclo se puso de rodillas.

—Nicanora, vida mía, ten compasión de mí... no me pidas cosa tan horrible!

—Ni tú me pidas a mí que viva más contigo. A las cuatro y media amanece, y a las cuatro y media me voy, ¿lo oyes? Porque eres un *naíde*, porque no eres hombre de hacer nada por una mujer, ni aun por la tuya... ¡Y yo te he abierto mis brazos!... ¡Quita, quitate de enmedio, *cualquier cosa*!

El hombre se levantó, miró fijamente al cuadro de la virgen, descolgó de la pared la piqueta y la pala, se volvió a contemplar a su hermosísima mujer, que desmelenada y perezosa estaba tendida en la cama con el mayor descuido y en todo el esplendor de su juventud, y le dijo por última vez:

—Pero por qué tienes esa ambición de cosas ricas? ¿No eres feliz aquí a mi lado?...

—Tengo que ir a la verbera de San Andrés, lo he prometido; todo aquel barrio me conoce; mis alhajitas se han perdido; no me queda más que el mantón porque lo salvé de tus uñas... Quiero que me vean como me han visto siempre, quiero que digan que tu mujer, la *sepulturera*, ha hecho raya, ¿lo oyes? La muerta no necesita perlas y diamantes, y cuando tú me veas como yo sé ponerme...

Acisclo echó a correr, exclamando: —¡Espera! ¡No hablemos más! ¡Ya está hecho! ¡Ya está hecho!

IV

Le vió salir corriendo a la luz de la moribunda luna...

Y entonces metió la mano por entre los dos colchones y sacó la carta que desde dos semanas antes tenía escondida. La carta que decía: *Si eres una mujer de verdad, vente, que conmigo no te faltará nada.* —Isidro.

La rompió en mil pedazos y se puso a la ventana a contemplar, allá, a lo lejos, en el fondo del primer patio, a su marido, que levantaba la blanca losa, y daba fúnebres y sordos golpes con la piqueta... Operación larga, muy larga, que ella presenciaba a distancia, allí, sola, recogidose y echándose atrás la mata de pelo que le caía por los hombros y la sofocaba, porque la impaciencia y el miedo a la soledad del santo lugar le daban fríos sudores...

Comenzaba a amanecer. La tenue claridad del nuevo día se dibujaba por cima de las tapias, y allá, en el fondo del árido paisaje madrileño, sobre las cumbres del blanco Guadarrama, rosados tintes anunciaban un día estival, rico de luz y de calor sofocante.

Ya la tremenda faena estaba, por lo visto, acabada. Acisclo volvía.

Entró en su vivienda y arrojó sobre la mesa, donde aún estaba intacta la cena aquella de ambos conyuges, olvidada; arrojó dos brazaletes, unos pendientes, un collar, sortijas, broches, una verdadera riqueza, que aun a la débil luz matinal deslustraba con la radiación de las piedras preciosas.

—Toma... ahí lo tienes todo... todo... La muerta tiene los ojos abiertos... me miraba de un modo espantoso; le he arrancado cuanto llevaba encima... Estoy aterrado, estoy muerto de cansancio, de hambre, de insultos y de caricias... Mañana tal vez... el presidio... pero a gusto tuyo, todo por ti, todo para ti; tú mandas, tú eres la reina, tú eres mi vida, mi alma, mi voluntad...

Cavó sobre la cama desplomado, como muerto...

—Duerme, hijo mío, duerme... dijo ella besándole en la frente...

V

Y así que le vió rendido a la fatiga y a las emo-

ciones de la noche, salió al patio, llenó un cubo de agua en la fuente, volvió a su caseta, se lavó y se relavó, sacó de la cómoda las medias negras de los días de Inio, las enaguas crugientes de puro almidonadas, el vestido de percal rosa pálido con molitas oscuras, y sobre todo esto el pañolón negro de sesenta duros con media vara de fleco, y en seguida la peña del día de boda; y así que toda la ropa cuidadosamente guardada con premeditación y alevosía, estuvo sobre el hermoso cuerpo, lo adornó con las alhajitas tiradas sobre la mesa: brazaletes, pendientes, sortijas, broches...

Se contempló un instante en el modesto espejo que sobre la cómoda había. Sacó adelante el pie derecho para vérselo bien calzado con los descolorados zapatos amarillos, y después de apretarse con ambas manos las caderas y tornar a mirarse, dando media vuelta y volviendo la cara, apoyó la mano en la puerta, lanzó una larga mirada sobre el sepulcrista, tendido boca arriba y respirando con fuerza profundamente dormido... levantó a la vez los dos hombros y arqueó los ojos, y adelantó el labio inferior con un gesto de suprema y fatal resolución, y salió al campo respirando con ansia el aire fresco de la mañana.

VI

Los periódicos lo anunciaron al día siguiente por la tarde:

«El señor cura del cementerio de... halló esta mañana profanada la tumba de la inolvidable y virtuosa señora de Urioste, enterrada anteaño tarde. Todas las alhajitas que el cadáver llevaba han sido robadas. El sepulcrista Acisclo Gómez se ha declarado autor de este infame robo, y ha sido inmediatamente detenido. Al ser conducido desde el cementerio a la cárcel, aprovechando un instante de descuido de los guardias, se ha dado la muerte degollándose con una navaja de afeitar que, no se sabe cómo, había sin duda conseguido ocultar para llevar a cabo el suicidio.»

EUSEBIO RLASCO

EMBUSTERAI

Se publica en Canarias un periódico católico titulado *La Verdad*, que tiene tanto de su título como yo de neo.

En uno de sus últimos números, y hablando de las obras «que convierten a un adocin en escritor fecundo», dios textualmente:

«La Religión al alcance de todos, Lo que no debe decirse, Los jesuitas, Aquellos tiempos, La Piqueta, Tigre tenurado, La Religión Natural, La Serpiente Negra, Comentarios a la Biblia, Garrotazo limpio, La Iglesia y la Moral, Dios ante el sentido común y otros libelos del mismo jaez, cuyos autores son el cínico Bonafoux, el traidor Morayta, el ímpio Nakens, dos curas perdidos de la Villa y Corte, y otros de la misma laya.»

Aparte de que, contra su intención, hace el mejor elogio que puede hacerse de esas obras, asegurando que convierten a los adocines en escritores, siendo así que las obras clericales convierten a los escritores en adocines, tengo el gusto de decirle a *La Verdad* que es una gran embustera, porque en esta redacción no se venden libros de curas perdidos, a menos que no crea que el cura Meslier, anterior a la revolución francesa, lo era, y que vive actualmente en Madrid en una casa de huéspedes de a dos pesetas, dedicándose en sus ratos de ocio a *flamínear ó doroatear* niños en los colegios.

En 23 años ha gastado la cofradía del *Cachorro* en Sevilla, a pesar de que la mayoría la forman pobres jornaleros, unos 22.000 duros en festejar a su Cristo.

¡Animales!

OBRAS NUEVAS

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

JOJO AL CRISTO

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores a *El Motín*, 50 céntimos.

NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEON TAXIL

DADA EN EL SALÓN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA

DE PARÍS

Precio: 25 céntimos.—Para los suscriptores de *El Motín*, 15.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a *El Motín* a 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.